

TRES MANERAS DE HUMILDAD [164]

21ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 30)

“Después del ejercicio de la inteligencia (banderas); de la voluntad (tres binarios), vamos a entrar en este ejercicio del afecto... vamos a emular a los que van más cerca de Cristo. No obraremos por interés, sino por emulación, por ambición de amor, lo que es propio de los corazones más nobles y generosos: es sólo entre éstos que hay pasta de apóstoles”¹. (Hurtado)

Casanovas lo llama documento “importantísimo”...

Ésta es una meditación que coloca San Ignacio para antes de entrar en elecciones, pues apunta a confirmar “Dos Banderas” y “Tres Binarios”.

[164] “3ª nota. La 3ª: antes de entrar en las elecciones, para el hombre afectarse a la vera doctrina de Cristo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando a ratos por todo el día, y asimismo haciendo los coloquios según que adelante se dirá [168]”.

Se trata de tres formas o maneras de obediencia y de servicio a Dios nuestro Señor. Ya vimos en el texto citado del Directorio Autógrafo que las considera allí como *grados*, aunque en los Ejercicios se hable de *maneras* de humildad.

El Dr. Pedro Ortiz, que fue embajador de Carlos V, hizo en 1538 los Ejercicios durante cuarenta días en el monasterio de Monte Casino bajo la guía de San Ignacio. De él se conservan algunos apuntes en los que se refiere al texto ignaciano, y dice allí: “**para que el hombre se aficione más a ymitar la verdadera doctrina de Christo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras y grados de amor de Dios y deseos de obedecer y ymitar y servir a su divina majestad**”². Son por tanto, “maneras y grados de amor a Dios”.

“**Antes de entrar en las elecciones**”: momento de trascendental importancia en los *Ejercicios*.

“**para el hombre inclinarse a la vera doctrina de Cristo nuestro Señor**”:

“es decir a la doctrina propuesta en la contemplación de las banderas, si bien allí se da el nombre de «vida verdadera» [139] a lo mismo que aquí se llama «vera doctrina». «**Afectarse**» es querer poner afecto en una cosa, o como dice San Ignacio en los «binarios», «**querer quererla**» [155]”³. (Casanova)

“**aprovecha mucho**”: si hay alguien que haya pesado cada letra de un libro, ese es san Ignacio; si nos dice *aprovecha mucho* es porque, realmente, aprovecha, y mucho.

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 281-290.

² *Miscelánea Comillas*, 25 (1956) 41; MI Exerc., 635.

³ IGNACIO CASANOVAS, *Comentario y Explicación de los Ejercicios*, Tomo I y II, doc. 3.

San Ignacio no la pone a modo de meditación. De todos modos, se puede hacer como meditación.

«**Considerar y advertir.**» Estas dos cosas parecen ser dos actos diferentes: el primero de meditación y de contemplación el segundo. «Considerar» es lo mismo que rumiar, analizando la cosa en sí misma, o buscando sus causas, los efectos y las circunstancias, «Advertir» es fijar la atención y caer en la cuenta de la verdad o importancia de una cosa que tal vez sabíamos ya de una manera rutinaria y sin haber reparado en ella. Por esto dice Balmes que lo importante no es saber las cosas, sino advertir en ellas; lo cual a veces tiene lugar súbitamente, como ocurre con la invención o la inspiración. Considerando las tres maneras de humildad, fácilmente se cree y admite su verdad porque es cosa evidente: pero es necesario rasgar esa envoltura de rutina merced a la cual muchas cosas, a fuerza de oír las, se nos presentan como evidentes, y así lograremos que brille ante nuestros ojos toda su luz, belleza y bondad interna.

«**Considerando a ratos por todo el día.**» Semejante manera de considerar las cosas, tiene en el terreno psicológico una gran importancia. Muchas veces aquella luz nacida del «advertir» se da como una gracia repentina, no tanto al que se esfuerza por alcanzarla mediante una meditación empeñada y violentamente, como al que frecuentemente vuelve a considerar una misma cosa, como acariciándola. Así nos lo dice la experiencia, la cual nos asegura por otra parte que también el Señor en materias sobrenaturales suele darnos sus luces a la hora menos pensada, cuando nosotros ponemos de nuestra cosecha los medios ordinarios para conseguirlo. A esto llamamos «inspiración»; palabra que casi tiene el mismo sentido en los dos órdenes, natural y sobrenatural.

«**Asimismo haciendo los coloquios.**» Según esto la consideración debe ir acompañada de afectos y súplicas y pertenece por lo tanto a la categoría de la verdadera oración.

Lo que nos pide, pues, San Ignacio, es, que ocupemos suavemente todo el día en una verdadera oración sobre las tres maneras de humildad; oración que unas veces se asemejará a la consideración, otras será una sencilla mirada o contemplación, o bien un coloquio con Dios nuestro Señor, con Jesucristo nuestro Redentor o con la Virgen Santísima, Abogada nuestra. ¿Es posible que una serie de actos como éste no tenga sobre nosotros una eficacia natural y sobrenatural verdaderamente extraordinaria, mayormente queriendo «afectarnos a la vera doctrina de Cristo nuestro Señor»? Le sobra razón a San Ignacio para decir que «aprovecha mucho»⁴. (Casanova)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: no hay

⁴ Ibid.

2º preámbulo: Composición de lugar

En el Calvario, y en su cumbre Jesucristo, puesto en Cruz, que nos dice: **“Si quieres ser perfecto... ven”**. Al pie de la cruz, la Virgen Santísima que intercede por nosotros. Encima, el cielo abierto y al Eterno Padre, que se complace en su hijo.

3º preámbulo: Petición

Pedir conocimiento verdadero de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán y gracia para adherirme a ella (...y para hombre affectarse a la vera doctrina...)

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

Esta meditación apunta a suscitar en nosotros un verdadero querer de la vida que nos propone Jesucristo: “querer quererla”.

Tres maneras de humildad significa “tres grados de santidad”.

“S. Ignacio quiere que le ejercitante no halle, como vulgarmente se dice, camino por donde escaparse cuando puesto ya a elegir, o su estado de vida o alguna otra cosa importante referente a la misma, descubra y vea que ha de elegir un grado superior de perfección, que repugna a su naturaleza. En este caso únicamente le debe detener para no abrazarse con ese grado de santidad, la voluntad divina claramente manifestada”. (Casanova)

Apunta, pues, a tener la disposición del alma para hacer en todo la voluntad de Dios. La humildad, es decir, la sujeción incondicional a Dios Nuestro Señor, nacida del doble reconocimiento de la Majestad infinita de Dios y de nuestra miseria y pequeñez. La esencia de la humildad, según S. Tomás consiste en una loable sujeción y subordinación de sí mismo, que es el que entiende S. Ignacio, como vamos a ver.

1. PRIMER MANERA DE HUMILDAD

[165] 1ª humildad. La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna, es a saber, que así me baje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, ya sea divino, ya sea humano, que me obligue a pecado mortal.

El primer grado o primera manera de humildad equivale al “amor fundamental” que está implicado en el primer mandamiento: *“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”*. Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Pero hay un segundo semejante a éste: *“ama a tu prójimo como a ti mismo”*. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas (Mt 22, 37-40). Este grado supone que la persona está dispuesta a dar la vida antes que quebrantar el precepto divino con un pecado mortal.

Consiste en dos cosas:

- a) Abajarme y humillarme cuanto en mí sea posible.
- b) No deliberar en cometer ningún pecado mortal.

Es necesaria para la salvación. Corresponde en la vida espiritual a la vida purgativa; se limita a evitar el pecado mortal.

Ésta cierra la puerta del infierno al hacernos evitar todo pecado mortal. Sufre la humillación, aunque con tristeza.

“Este primer grado consiste en hacer reinar en mí, en establecer en mí una voluntad tan dispuesta al servicio de Dios, que aún ante lo más seductor, ante la tentación más vehemente para mi sensibilidad yo no delibere de cometer o no una acción gravemente pecaminosa.... Ni aunque se me ofrezca ganar todo el mundo, o perder la misma vida...

Esta disposición habitual es necesaria para mi salvación, forma los buenos cristianos, y llegado el caso, al martirio. Debemos ponernos con frecuencia frente a esta hipótesis, afectarnos ante ella, hacer maniobras espirituales, y sobre todo pedirla con mucha insistencia: "No permitas que me separe de ti...".

Notemos que hay dos maneras de deliberación. Una manera, que en ninguna forma constituye pecado y es aquella propia de toda tentación. Quiero estar y mantenerme en el servicio de Dios, pero me asalta la seducción y me presenta, me refriega por la imaginación los agrados del mal, sacude mi espíritu y a veces mis sentidos. Se me ofrecen muy claros los dos extremos: el servicio de Dios, mandado, voluntad del Señor -a veces no veo en absoluto su paternidad, su bondad...-, y al otro lado, mi naturaleza sensible que como bestia hambrienta reclama alimento.... Esto no es deliberar, no es pecar: es merecer, es guerrear como buen soldado por Cristo. ¿Dónde estabas, Señor, cuando yo sufría aquello? Dentro de ti, hija mía, dándote fuerzas...

Y hay otra deliberación, la cual sí, ciertamente, es pecado: cuando ya he transgredido en mi interior, y dudo únicamente de su transgresión externa (aunque éste "externo" quede solo en el pensamiento). Omito por un instante el sentirme obligado a omitir lo vedado, o a hacer lo preceptuado, y discuto conmigo mismo los cómodos y los incómodos de hacer u omitir lo que el Señor condena. Ya en mi interior he transgredido, al admitir como frente de valer, como principio de orden interno la seducción prohibida de la creatura.

Hemos de aguerrirnos en este primer grado de amor de Dios fortaleciendo nuestra voluntad con meditaciones repetidas de quién es Dios, de sus derechos, de la santidad de su ley, de la fealdad del pecado, del infierno; de todo lo que afirma en el alma el deseo de la virtud, y claro está que los motivos superiores son los del amor de Cristo que sí llevan más lejos, fortalecen en mi alma este grado inicial, pero no me olvide de pensar que el amor de Cristo es incompatible con todo hábito de mancha consentido en mi espíritu.

Este primer grado no es toda la vida cristiana, no es más que su fundamento. No hay casi que detenerse más aquí, pues fue el fruto de la primera semana, pero no deje de rogarlo porque a veces su cumplimiento exige el heroísmo total: para una madre aceptar a los hijos que Dios quiera enviarle, no hacer un aborto, aunque peligre su vida, no aceptar ni aun al marido en su vida íntima si ha de ser en forma pecaminosa, romper un pololeo que es

camino de pecado. No aceptar un puesto si ha de ser colaborando formalmente con los enemigos de la Iglesia... Y en algunos casos, es el martirio liso y llano. Los Macabeos... Eleazar, sacrificio de Isaac, San Sebastián, Santa Perpetua... Nuestros Mártires Canadienses, Japoneses, Bobola con todo su séquito de sufrimientos.

Y evitar todo lo que me lleva al pecado: un pololeo (noviazgo) peligroso, cortar el corazón cuando se opone la ley de Dios (el problema cotidiano en las oficinas), el mártir de la lengua..." (P Hurtado)

2. SEGUNDA MANERA DE HUMILDAD

[166] 2ª humildad. La 2ª es más perfecta humildad que la primera, es a saber, si yo me hallo en tal punto que no quiero ni me inclino más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonra, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial.

En el Directorio Autógrafo habla de *indiferencia del 2º grado*, lo que significa "grande libertad": la persona no está atada ni condicionada por sus costumbres o hábitos *ni aun a lo que puede ser materia leve de pecado*.

Incluye dos cosas:

a) Indiferencia afectiva a las cosas temporales de suerte que aunque sintamos inclinaciones, simpatías, atracciones, no nos rijamos por ellas, sino que esté nuestra voluntad como en el fiel de la balanza, sin inclinarse más a riqueza que a pobreza, etc., siendo ambos extremos igual gloria de Dios.

b) Y una voluntad decidida a no admitir ni siquiera deliberación de cometer pecado venial.

"El segundo grado consiste en hacer reinar en mí disposiciones afectivas tales, que ante lo que solicite vivísimamente mi sensibilidad (ya sea una amenaza o un llamamiento), yo no sea en deliberar de cometer un pecado venial. Hay que llegar a obtener un estado habitual, que no excluye, claro está, las debilidades pasajeras. Esta disposición es la que constituye al hombre como amigo de Dios, lo hace ser "capaz de ser instruido por Dios", forma a los santos y a los perfectos; es la gran condición de la fecundidad apostólica, por su pureza total de intención.

Esta segunda manera de humildad mira a los pecados veniales plenamente deliberados, que son los que podemos evitar. Porque faltillas, hijas de inadvertencia en las que la responsabilidad no es plena, son inevitables. Sólo María Santísima tuvo el singular privilegio de verse libre de toda mancha, ¡tota pulchra!

Pero las faltas veniales plenamente deliberadas, convendría a toda costa que nos pusiéramos en la firme resolución de evitarlas: murmuraciones -que son tan frecuentes-, detracciones, lecturas peligrosas, faltas de respeto con Nuestro Señor, bromas molestas, y mucho más faltas deliberadas de caridad. Todo lo que es pecado venial, que esté a mil leguas de mí. Los santos lo comprendieron: San Juan Crisóstomo decía que *prefería ser poseído del demonio antes de cometer pecado venial*. Santa Catalina de Génova, *que con gusto se arrojaría en un océano de fuego ardiente por evitar la ocasión de un solo pecado venial, y que allí permanecería permanentemente si para salir fuera menester cometerlo*. San Alonso Rodríguez exclamaba: "*Señor, haced que yo sufra todas las penas del infierno antes que cometer un solo pecado venial*". Y es que, como decía San Juan

Crisóstomo: "*Si amáramos a Cristo de veras, juzgaríamos más grave la ofensa del amado que el fuego del infierno*".

Más que insistir en los castigos del pecado venial, miremos, para resolvernos a detestarlo más, lo que debe ser para nuestro Padre Dios y nuestro Redentor Jesucristo. Nuestra alma, el alma de su hijo, se afea, se empaña.... no ofrece a Cristo ese deleite pleno que tenía derecho a esperar de ella. Y si yo con mi santidad pudiera darle a mi Señor un poquito más de consuelo y alegría ¡por muy bien empleados podría dar todos mis sacrificios! ¡Un poquito más de amor a quien tanto me amó!

Mi alma se debilita... pone en peligro la delicadeza y fervor del amor haciendo que prevalezca el espíritu de temor sobre el amor filial. Es una concesión a alguna inclinación torcida y viciosa que se va arraigando, debilitando a la par las fuerzas de la voluntad. De las cenizas de ese deseo malo, brota uno nuevo más ardiente que el anterior. Amengua el amor de Dios, porque lo que concedemos a los amores no rectos lo quitamos al amor de Dios: esos otros amores arden con combustible robado. El alma se va atando con hilos a esta tierra... y aunque conserve sus alas, ¿de qué le sirven si sus patas están atadas a la tierra?

La luz del alma se amengua. Cada pecado venial es como una nubecita que se interpone entre nosotros y el sol, que es Dios. Tantos pueden ser los pecados que ese nublado sea espeso, oscuro y apenas si nos envía su luz... Sólo a los limpios de corazón se ha prometido ver a Dios.

Nos priva de un grado de gracia. No nos quita ciertamente el estado de gracia, ni disminuye la gracia que tenemos, pero sí nos priva de otras nuevas gracias que Dios dispone para los generosos. Y puede llegar a tanto que el alma se va disponiendo para una caída grave. Santo Tomás, tan poco amigo de exageraciones, afirma: "*Quien peca venialmente... desprecia algún orden, y con eso acostumbra su voluntad a no sujetarse en las cosas menores al orden debido; se dispone a no sujetar su voluntad al orden el último fin, eligiendo lo que de suyo es pecado mortal*". La repetición de veniales nunca llega a constituir el pecado mortal, pero el alma puede llegar a tanto en su debilidad que casi insensiblemente, sin percatarse de el paso fatal: como la muerte por consunción y por anemia que es como el apagarse del fuego, agotando el combustible.

Pero no es nuestro ánimo en esta meditación pintar los males del pecado venial, sino mostrarle al alma que está adherida al mal en alguna forma, que no puede considerarse presta para adherirse a su Padre, sin afección alguna al desorden. Hemos de examinarnos si estamos libres de estas adhesiones terrenas, y para estarlo en forma sincera, San Ignacio nos indica que no basta no querer el pecado venial, sino que hemos también de aborrecer el desorden de las cosas: no hemos de querer nada por sí mismo, nada, nada... es el Principio y Fundamento que reaparece en la cumbre de los Ejercicios con su luz tan clara. Todo lo hemos de querer en Dios, conforme a la voluntad divina, solamente queriendo y eligiendo lo que más. Elegir ¿qué? Lo que más... Aquí está toda la perfección de los Ejercicios: no hay para qué ir más lejos, esta es en realidad toda la aspiración de un alma que aspira a la santidad⁵. (Hurtado)

⁵ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 281-290.

El origen último de las crisis [celibatarías y otras] y su solución⁶

Una frase escrita por san Ignacio de Loyola en su Directorio Autógrafo para los Ejercicios Espirituales arroja una luz muy importante sobre las crisis que afectan a toda vocación, tanto la consagrada como la matrimonial. Escribe el santo en su “Directorio acerca de las elecciones”⁷:

“Primeramente se debe insistir en que entre en las elecciones, el que las ha de hacer, con entera resignación de su voluntad; y, si es posible, que llegue al 3º grado de humildad, en que de su parte esté más inclinado, si fuese igual servicio de Dios, a lo que es más conforme a los consejos y ejemplo de Cristo nuestro Señor. Quien no está en la indiferencia del 2º grado, *no está para ponerse en elecciones, y es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella*”⁸.

De aquí se sigue que existe una estrechísima relación entre *elección recta y desapego del pecado venial* (2º grado de humildad), lo que vale singularmente para la elección vocacional (consagrada —religiosa o eclesiástica— y matrimonial). Una elección será recta, pues, cuando la persona haya llegado a una disposición de desapego respecto del pecado venial. Y es óptima cuando se ha logrado un paso más: el deseo de la imitación perfecta de Cristo sufriente (3º grado de humildad).

Si bien San Ignacio habla aquí de quienes se preparan por medio de los Ejercicios Espirituales para realizar algún modo de elección clave en su vida, hay muchos que hacen esta elección sin hacer los Ejercicios. Dios tiene muchos caminos para llevar a una persona a esta disposición del 2º grado de humildad, de modo tal de hacerla tomar las grandes decisiones de su vida sincera y correctamente.

Puede tratarse de una preparación más laboriosa, como la que se realiza en los Ejercicios (camino, si se quiere, más ordinario); pero también lo otorga Dios como una *gracia actual* que se manifiesta en aquellas decisiones en que hay un *deseo de totalidad y generosidad*, una intención de *darse totalmente a quien se ama* (sea una persona o una causa noble), con la determinación, tal vez no hecha de modo consciente, de no fallar ni aun venialmente contra lo determinado: “¡Maestro, te seguiré donde quiera que vayas!” (Mt 8, 19); “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (Mt 19, 27).

También en el amor humano se alcanza una disposición así. Basta pensar en las declaraciones de amor que son sinceras y totales. La literatura nos da cientos de

⁶ Sigo ampliamente a: MIGUEL FUENTES, *Educación del celibato y la virginidad*, EDIVE, San Rafael, 2017, 157-166.

⁷ Por “Elecciones” se entiende aquí las reglas que da san Ignacio en sus Ejercicios Espirituales para hacer una elección ordenada: “Para tomar noticia de qué cosas se debe hacer elección” (Ejercicios Espirituales, n. 169-188) y las reglas “para enmendar y reformar la propia vida y estado” (Ejercicios Espirituales, n. 189). Las primeras reglas se usan para hacer cualquier elección importante, desde la elección de la vocación, a la elección de carrera, etc. Las últimas apuntan a reformar la vida por parte de quienes ya tienen decidida su vocación.

⁸ SAN IGNACIO, *Directorio autógrafo de Ejercicios*, n. 17. En: San Ignacio de Loyola, *Obras completas*, Madrid (1977), 297.

testimonios. Léase el siguiente párrafo de “Dos mujeres”, de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1845), correspondiente al momento del matrimonio entre Luisa y Carlos:

“—Tú, hija mía —prosiguió Leonor—, no olvides nunca que después de Dios tu primer amor debe ser tu marido: ámale, obedécele en todo aquello que no se oponga a la salvación de tu alma. Luisa levantó a hacia su esposo una mirada de inefable ternura: Carlos, enajenado, la estrechó entre sus brazos; y ella, reclinando lánguidamente su cabeza sobre el pecho de su marido, pronunció con voz tan dulce que sólo él pudo oírla: —“Sí, siempre te amaré: ¡Dios y tú!” Era la primera palabra de amor que pronunciaban aquellos labios tan puros. Carlos fuera de sí imprimió un beso de fuego en su frente virginal: era la primera vez que el joven veía en sus brazos a una mujer amada”.

Tal entrega total y generosa de un ser humano a otro, descartando toda compensación mezquina y vuelta atrás, explica muchos ejemplos de fidelidad heroica incluso cuando no hay correspondencia de la otra parte.

Con mayor razón se da esta disposición en muchos casos de vocación consagrada; la de la joven que se entrega a la vida religiosa o el muchacho que quiere seguir a Cristo en el sacerdocio con un corazón *sin fisuras*. Evidentemente también hay elecciones *interesadas* y *oblicuas*⁹, es decir, realizadas por motivos no del todo limpios; puede uno casarse por la belleza del novio o la novia, por su dinero, o por atolondramiento; también puede seguir la vocación religiosa porque se lo impone la familia (hoy menos frecuentemente) o porque cree poder hacer carrera eclesiástica, o porque no ha medido sus exigencias o ignora la renuncia que implica, etc.

Pero, como digo, en muchas elecciones ha habido esa disposición del 2º grado de humildad o “algo análogo”. Y así debe ser si se quiere que la elección esté bien hecha. Digo “algo análogo” para los casos en que, sin plantear la disposición de *evitar todo pecado venial*, se da algo así como una resolución de *evitar toda falta grave o leve que pudiese ofender a la persona —o a la causa— amada a la que se entrega el cuerpo y el alma* (el 2º grado de humildad implica, en cambio, la determinación de evitar “todo” pecado venial deliberado y no sólo los que ofendan a la persona o a la causa amada). El *idealismo* con que una joven mira su noviazgo o su entrega matrimonial o el *quijotismo* y *desinterés* con que una persona bien nacida se consagra a una causa noble, de hecho implica esa decisión de no manchar por nada del mundo un amor humano pero puro y total, lo que equivale a querer no fallar siquiera venialmente.

De aquí puede comprenderse que *toda crisis vocacional seria*, consagrada o matrimonial o de otro tipo, **está ligada, primero, al consentimiento habitual y deliberado al pecado venial; al coqueteo con el pecado mortal, a continuación; a los reiterados pecados mortales más tarde, y, finalmente, al estado habitual de infidelidad a la vocación o pecado mortal.**

⁹ “...Si no ha hecho elección debida y ordenadamente, sin afecciones desordenadas (...); la cual elección no parece que sea vocación divina, por ser elección desordenada y oblicua, como muchos en esto yerran haciendo de oblicua o de mala elección vocación divina; porque toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mezcla de carne [= *intención carnal*] ni de otra afección alguna desordenada” (San Ignacio, Ejercicios Espirituales, n. 172).

El camino del fracaso empieza, pues, con el *pecado venial deliberado*.

Consecuentemente no hay otra solución que comenzar *revisando serena y firmemente nuestra relación con el pecado venial* en orden a volver a esa fidelidad primera *incluso en materia leve*. Decimos:

1° “Serena”; es decir, una detestación del pecado venial *no neurótica*. Muchos no pueden luchar con el pecado venial porque encaran o conciben esta lucha en forma neurótica, lo que significa: lucha obsesiva, escrupulosa, angustiada, llena de temor.

2° Serena implica también que nos referimos al pecado venial *deliberado*. No se excluye, pues, que suframos debilidades *in-deliberadas*, originadas, generalmente, en nuestro carácter deformado, o en nuestro temperamento no formado. Exige un trabajo de reforma.

3° “Firme” significa que existe un *plan serio de no pactar* con el pecado venial *en ningún frente*, pero particularmente en aquellos puntos donde nos aprieta el zapato (nuestras debilidades particulares).

4° Implica que en las dimensiones claves de mi temperamento quiero templar un carácter como el de Jesucristo.

5° Implica que no quiero ir *a sabiendas*, con los ojos abiertos, contra las reglas que atañen a mi estado, profesión, etc., aun cuando sepa que no constituyen materia de pecado mortal.

6° Implica que no acepto *a sabiendas*, con los ojos abiertos, **ninguna acción que tenga por raíz uno de los vicios capitales, aun cuando claramente no constituya un pecado mortal. Así, por ejemplo, la vanidad, la pereza, la chabacanería, el desorden de horarios o de mis pertenencias, los pequeños embustes y medias verdades, la improvisación constante, el ser “chanta” en mis obligaciones, la falta de oración o la negligencia en ella, el trato poco respetuoso con las cosas de Dios, las miradillas “de reajo” —aunque sean más por curiosidad que por sensualidad— a lo relativo al sexo, la falta de pudor o decoro, el exceso en el hablar, la curiosidad mundana, las injusticias en el trato con el prójimo, las desobediencias a mis superiores o a la regla del lugar en que vivo, el exceso en el comer y en el beber, las faltas de caridad y cortesía, las críticas injustas, las burlas hirientes, la indiferencia ante el dolor ajeno, la impaciencia, etc. Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato.**

7° Como este trabajo no impide que caigamos en faltas indeliberadas, que son la mayoría de nuestros errores, también se hace necesario **reconocer diariamente estas últimas**. Y si bien **no son materia de confesión** (donde no hay deliberación no hay culpabilidad) **sí son materia de enmienda**, es decir, de previsión para no repetir las, lo que muchos no toman en consideración (si soy tan torpe que al caminar piso sin querer a quienes van a mi lado, no tengo —ni puedo— confesarme de ello porque no ha habido voluntariedad ni previsión, pero *estoy obligado en adelante a prestar más atención* para no hacer insufrible la vida de quienes marchan junto a mí). Por la falta de enmienda, tal vez amparado en que no he fallado a propósito, estas faltas terminan por imponerse,

aceptarse, acostumbrarse y de allí pasan, a veces, a realizarse deliberadamente *porque ya no me chocan tanto*. En cuanto sea posible, pues, se deben corregir estos “defectos”, para lo cual, a menudo, basta con pedir humildemente perdón al prójimo.

Cuando no se hacen estas cosas *no es posible* salir de una crisis vocacional o matrimonial, porque una crisis es una **situación de terremoto**: el terreno en el que se asienta un edificio se desgrana y el edificio tambalea. Y acabamos de ver que el terreno en el que se asienta toda elección seria es la decisión de no faltar deliberadamente ni en materia leve: si tal fue la condición para elegir rectamente, también será la condición para remozar esa elección cuando parece avejentarse o volverse una carga pesada.

En cambio, los que quieren primero recuperar la solidez del amor o de la vocación, y recién entonces empezar a vivir con generosidad (*si yo estuviera seguro... entonces me jugaría...; si volviese a sentir ese amor que tuve en mis primeros años de sacerdocio o en los primeros años de mi matrimonio, entonces haría cualquier cosa por mi vocación o por mi cónyuge*) quieren primero la salud para luego tomar el remedio.

3. TERCERA MANERA DE HUMILDAD

[167] 3ª humildad. La 3ª es humildad perfectísima, es a saber, cuando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobrios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.

El tercer grado o manera de humildad es la humildad perfectísima que supone los dos grados anteriores (o sea, la persona por nada del mundo quiere cometer un pecado mortal ni venial y tiene una voluntad decidida y eficaz por cumplir la voluntad de Dios) y añade un toque heroico: quiere imitar a Cristo en su cruz, en su desprecio, en su dolor, *incluso si Dios se viese servido tanto si esa persona fuese por el camino de la humillación y del dolor, como si fuese por otro camino menos áspero*. Por tanto, lo que se da aquí es la “locura de la cruz”.

La tercera incluye las dos primeras pero añade un grado perfectísimo. Es necesaria para los que *“quieren hacer oblaciones de mayor estima y momento”*, es decir, para lo que quieren abrazar la santidad en serio de una vez por todas.

La primera cierra el infierno, la segunda cierra el purgatorio, y tanto la primera como la segunda abren el cielo; la tercera ni mira al infierno ni al purgatorio ni al cielo sino que sólo mira a Jesucristo Crucificado:

*No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara;
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
porque, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Es el principio de la vida unitiva, la de los perfectos.

En la segunda “*siendo igual alabanza y servicio de Dios*” una cosa u otra (riqueza y pobreza; honor y desprecio, etc.) nos mantenemos indiferentes; en la tercera, en las mismas condiciones el santo elige la que más lo asemeje a Cristo humillado y crucificado.

Esta es el grado de caridad más perfecto; ama la cruz con vehemencia. Encierra en sí tanto la “*ciencia de la cruz*” (inteligencia) cuanto la “*alegría de la cruz*” (voluntad).

Todos los grandes santos han alcanzado este grado y por eso la Cruz se ha convertido para ellos en pasión, en deseo:

Santo Tomás y San Agustín: “*para llevar una vida perfecta no se debe más que despreciar lo que Cristo despreció en la Cruz y amar lo que Cristo amó en la Cruz*”.

Santa Teresa: “*Padecer o morir*”. En otro lugar dice: “*mirando a Cristo en la Cruz tan pobre y desnudo, no podía tener paciencia en ser rica. Suplicábale con lágrimas que ordenase las cosas para que yo me viese pobre como Él*”. (Vida 35,3)

Don Orione: “*A Cristo se le ama en la Cruz y crucificado con Él*”.

Santa Teresita: “*He llegado a no poder sufrir, pues me es dulce todo sufrimiento*”.

Ésta es la enseñanza del Nuevo Testamento:

“Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. (Mt 16,24)

“Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias”. (Gál 5,24)

“No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado”. (1 Cor 2,2)

“Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”. (1 Cor 1,23-24)

(Pablo y Bernabé) **“habiendo evangelizado aquella ciudad y conseguido bastantes discípulos, se volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, confortando los ánimos de los**

discípulos, exhortándoles a perseverar en la fe y diciéndoles: Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios". (Hch 14,21-22)

"La leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna". (2 Cor 4,17)

"Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones". (2 Cor 7,4)

En cambio, es la doctrina que no entienden los hombres de este mundo. Los mundanos, ante la Cruz se hacen enemigos o la rechazan o se escandalizan o la quieren vaciar de contenido y de dolor:

"Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo". (Fil 3,18)

"Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden". (1 Cor 1,18)

"Los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo:... ¡si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!". (Mt 27,39-40)

"Los que quieren ser bien vistos en lo humano, éstos os fuerzan a circuncidaros, con el único fin de evitar la persecución por la cruz de Cristo". (Gal 6,12)

4. NOTA

[168] *Nota.* Así para quien desea alcanzar esta tercera humildad, mucho aprovecha hacer los tres coloquios de los binarios ya dichos, pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad.

Charles de Foucauld escribe: "Dios mio, yo no sé si es posible a algunas almas verte pobre y seguir siendo voluntariamente ricas... En cuanto a mí, no puedo concebir el amor sin un exigencia imperiosa de semejanza, y sobre todo, de compartir todas las penas, todas las dificultades, todas las asperezas de la vida... Ser rico, dueño de mis comodidades, vivir holgadamente de mis bienes, mientras tu eres pobre, sin recursos... en lo que a mí respecta no puedo amar así".

San Juan de la Cruz magníficamente escribió:

"Procure siempre inclinarse:

no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo"¹⁰. (SAN JUAN DE LA CRUZ)

¹⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, l. 1, c. 3, n. 6

“... esa excelsa perfección del tercer grado es una gracia de Dios muy especial que debe pedirse con mucha insistencia y poniendo de por medio los intercesores más poderosos con Dios.

...lo grande que debe ser la eficacia que tiene con el ejercitante ese repetir actos tan espirituales como éstos, a todas horas y durante todos los días que duran las elecciones”¹¹
(P. Casanovas).

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

Ave María Purísima. *Sin pecado concebida.*

¹¹ IGNACIO CASANOVAS, *Comentario y Explanación de los Ejercicios*, Tomo I y II, doc. 3.